

Müller, Gerhard. *El Papa, misión y cometido*. Madrid: BAC, 2017, 624 pp. ISBN: 978-84-220-2013-4.

Afortunadamente para este recensor (que no re-censor), el autor no necesita presentación. El cardenal Müller, profesor de Teología Dogmática en Múnich, obispo de Ratisbona y prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, tiene acreditada su trayectoria de reflexión como sólido teólogo con sus numerosas conferencias y obras, bien conocidas para el mundo de la teología. Al elaborar este denso volumen de más de seiscientas páginas, él mismo nos confiesa su objetivo: «ensamblar en una imagen conjunta mis experiencias y observaciones, y también reflexiones y referencias acerca del origen, la naturaleza y la misión del sucesor de Pedro» (xvii).

La obra, sin querer ser un tratado sistemático, está estructurada en doce densos capítulos. El primero de ellos se centra en una biografía existencial en la que va recordando la impronta que fue dejando cada uno de los papas con los que su vida se fue acompañando. Pero no se trata de meros recuerdos. A cada una de las etapas vitales coincidentes con un pontífice, se entrelazan interesantes reflexiones teológicas de alto calado sobre el proceso de secularización tan fuerte que vivimos, la revelación, la tradición, la cristología, el sentido de la teología o la misma eclesiología que cristaliza en el ministerio episcopal y petrino. Por eso, esas primeras páginas, que también vienen salpicadas de interesantes homilias o extractos de intervenciones/conferencias, no se pueden obviar en la lectura del libro. En ellas también destaca, dentro de una etapa de su vida, de la defensa de una correcta teología de la liberación poniendo de relieve la amistad del cardenal Müller con Gustavo Gutiérrez y su conocimiento de la realidad peruana y latinoamericana en general, teniendo como referente al mismo Bartolomé de las Casas: «la teología de Gustavo Gutiérrez es ortodoxa porque es ortopráctica, y nos enseña el obligado actuar cristiano porque procede de fe recta» (p. 74). Desde Pío XII a Francisco, el autor hace un exhaustivo repaso a las figuras personales de los papas y las principales características de sus pontificados. A partir de ahí, subraya la visión y las improntas que, durante sus etapas de niño, adolescente, seminarista, sacerdote y obispo los pontífices han dejado grabadas en su persona.

Los capítulos II, III y IV abordan toda la perspectiva histórico-salvífica centrandolo el papado dentro de la Revelación y ahondando en sus fundamentos bíblicos. El papado no es un invento, ni una inserción, ni una ocurrencia histórica. Solo puede ser entendido a la luz del designio salvífico de Jesucristo y en continuidad con la misión salvadora del Maestro. El papel, del que el papa disfruta desde León XIII, de una autoridad moral superior en el escenario internacional configura al papa como «el más alto abogado de los hombres en su dignidad y libertad personales» (p. 119). Lamentablemente, últimamente estamos asistiendo a una campaña de desautorización y descrédito desde dentro y fuera de la Iglesia para minar precisamente la autoridad moral de la Iglesia en asuntos sociales de gran

calado donde el valor de la vida, la familia, la caridad... se cuestionan para hacer un mundo eficientista y sin alma. En este ámbito, el card. Müller pone en valor al papa Francisco que, en cierto modo, es, en medio de un mundo globalizado con tantas heridas, una nueva voz que clama en el desierto. La Iglesia habla por los pobres y enfermos, por los discapacitados y los carentes de techo, por los rechazados como inútiles y carentes de valor... «éste es el especial carisma del actual pontificado» (p. 110).

Los capítulos V, VI, VII realiza un recorrido histórico haciendo una revisión desde la tradición apostólica hasta el Concilio Vaticano I. Particular interés despierta el capítulo VI dedicado a toda la controversia con la reforma protestante con la que el cardenal Müller está tan familiarizado por el ambiente alemán de su origen y por el profundo conocimiento actual. En estos capítulos el autor demuestra un dominio extraordinario de la historia y de la teología. Es importante concluir, como sostiene el autor, en esta parte que tanto el primado doctrinal como el de jurisdicción solo se pueden entender desde el plano de la teología revelada y de la eclesiología. Toda contaminación con motivos políticos y sociológicos tomada de la herencia medieval está cuidadosamente eliminada (p. 358). Es acertada esta visión porque muchas veces se malentiende a la Iglesia y se malinterpretan sus estructuras. Los políticos y los MCS quieren aplicar a la Iglesia muchas veces las lógicas de la lucha por el poder y la influencia, y no llegan a comprender la verdad profunda de lo que es una comunión en la fe. Esta unidad desde el punto de vista jurídico que representa el papa (principio y fundamento perpetuo de la unidad de la Iglesia en la verdad de la Revelación) tiene su paralelismo en el aspecto creyente de la verdad: «La fe en la infalibilidad del papa como cabeza visible del episcopado y de la Iglesia entera no es una grotesca carga añadida a todo lo demás que ya hay que creer, sino la segura superación del escepticismo nacido del pecado original frente a la definitiva palabra salvífica de Dios a través de la gracia y la verdad que han venido a este mundo de una vez para siempre a través de Jesucristo (Jn 1,17)» (p. 359). La Infalibilidad papal se constituye así en un fuerte antídoto frente a todo el relativismo intelectual y ético. Contra el brutal ataque de dejar al hombre sin Dios por parte de las ideologías anticristianas del siglo XX y los relativismos actuales, la confianza en el primado romano para la conservación de la verdad de la revelación se constituye como un elemento fundamental de apoyo y referencia (p. 360).

La integración del papado en la Iglesia y en el colegio episcopal (cap. VIII) recoge una síntesis de su inserción en la doctrina el cuerpo teológico conciliar y, como nota de actualidad, realiza un repaso al impulso sobre el tema de la *Evangelii gaudium* (2013) del papa Francisco. Las directrices dadas en el documento programático del papa Bergoglio acerca de la reforma y la misión de la Iglesia aportan sus acentos respecto del papado. La cuestión de la *descentralización* tiene consecuencias entre las relaciones del papa y los obispos, los obispos y la Curia... Y aunque se recuerda el tono parenético y no dogmático de la exhortación, cuya

base se encuentra en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, sí recalca que «lo central para el Papa es superar el letargo y la resignación ante la extrema secularización y poner fin a los paralizantes enfrentamientos intraeclesiales entre ideologías tradicionalistas y modernistas» (p. 385).

Los últimos capítulos recogen tres dimensiones fundamentales del papa, como son ser testigo de Cristo de la dignidad de todo ser humano (IX), ser garante de la verdad de Dios y de la libertad de los hombres (X) y constituirse en figura central de la unidad de los cristianos en la Iglesia de Dios (XI). Se trata, en definitiva, de la figura del papado como defensor de la *dignidad* humana frente a las culturas de la muerte, garante de la *libertad* y la *verdad* frente a los relativismos ideológicos y la de ser promotor de la *unidad* ante las fragmentaciones y las divisiones de la única Iglesia de Cristo. Esta figura ecuménica se descubre como un lugar central en la nueva figura que el papa habrá de tomar en el futuro. Bien es cierto que nos encontramos en una situación ecuménica de cierta paralización y enfriamiento porque cuanto más cerca estamos, más conscientes somos de aquello que nos separa. Y el cardenal Müller realiza un análisis detallado especialmente de la distancia y diferencias con el tema de la sucesión apostólica en el diálogo católico-luterano, así como una referencia importante al encuentro entre Francisco y el patriarca Cirilo de Moscú celebrado en Cuba en febrero de 2016. Después de observar los grandes puntos en común y las diferencias el profesor Müller concluye su reflexión con una puntualización y matización acertada acerca de uno de los temas más candentes a lo largo de la historia de la Iglesia: la relación religión-política, en este caso, atribuida a la Iglesia rusa.

La conclusión de la obra se centra en el papa como maestro de la plenitud del hombre. El hombre solo puede vivir desde la fe, la esperanza y el amor, y el papa debe ayudar a que viva en las tres dimensiones que le confieren dicha plenitud. «Ésa es también la gran aspiración del papa Francisco, que no se cansa de anunciar a un mundo de débil esperanza y desgarrado por el fanatismo el mensaje del amor y la bondad de Jesucristo y de la justicia y la misericordia de Dios. Con ello cumple el cometido que le fue confiado a san Pedro en el Cenáculo: “¡Confirma a tus hermanos!”. Esa es la misión del romano pontífice, pastor de la Iglesia universal» (p. 603).

Por eso, esta obra, de referencia obligada para todo aquel que se dedique a la eclesiología o que quiera ahondar en los fundamentos del papado, se constituye como una referencia de actualidad sobre la figura y la misión de aquel que llamamos sucesor de Pedro y vicario de Cristo y cuya centralidad en la Iglesia debe ser siempre punto de comunión universal para que el mundo crea. CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS